

FUEROS Y LIMITES DE LA OPINION PUBLICA EN LA SOCIEDAD CIVIL Y EN LA IGLESIA

CARTA DEL SECRETARIO DE ESTADO A LA LIII SEMANA SOCIAL DE FRANCIA

Señor presidente: Desde su origen, las Semanas Sociales de Francia siempre se han mostrado interesadas en aportar a los problemas de nuestro tiempo una respuesta, inspirada en la doctrina de la Iglesia y, a la vez, científicamente elaborada. En la línea de las sesiones de Nancy (1955) sobre las técnicas modernas de difusión, de Grenoble (1960) sobre la socialización, de Caen (1963) sobre la sociedad democrática, abordan hoy en su conjunto el extenso y grave problema de la "opinión pública". El Padre Santo, al que usted ha expuesto vuestro proyecto, siente un vivo interés por él, y le es grato felicitar a las Semanas Sociales por haber querido consagrar sus próximas sesiones de Niza a un fenómeno de tan considerable importancia para "la Iglesia en el mundo de hoy".

La opinión pública es inherente a la naturaleza social del hombre. En su discurso al IV Congreso Mundial de la Prensa Católica, celebrado en Roma, en 1950, el Papa Pío XII veía en este hecho incontestable "un eco natural, una resonancia común, más o menos espontánea, de los acontecimientos y circunstancias en el espíritu y en el juicio de las personas que se sienten responsables y estrechamente ligadas a la suerte de su comunidad" (AAS, t. 42, 1950, p. 252).

Por tanto, el fenómeno no es nuevo. Sin embargo, ha adquirido, por obra de las técnicas modernas, una dimensión y una influencia hasta ahora insospechadas. Los medios de comunicación social, cuya importancia ha sido subrayada por el Concilio (cfr. AAS, t. 56, 1964, p. 147, ss.), difunden en un público, muchas veces tan extenso como el mundo, las mismas noticias en el mismo momento. Mas la información engendra de una forma natural una opinión pública que será tanto más amplia cuanto esta misma información haya sido más universalmente difundida; esto resulta, ciertamente, un beneficio, pero también tiene un riesgo —pues la selección y la presentación de las noticias suponen siempre una concepción del hombre y de su destino— cuya impregnación penetra lentamente, pero de forma inexorable, en las personas y en la sociedad.

En toda comunidad, junto a las leyes y las instituciones, siempre existe una vida más o menos espontánea que se expresa por juicios, actitudes, comportamientos, que pronuncia o adopta una parte más o menos grande de un grupo sobre los acontecimientos de actualidad. Opciones que podrían dar lugar a divergencias toman una misma orientación y se establece un acuerdo en la vida diaria. De esta forma la opinión pública nace de la necesidad y del deseo que tiene el hombre de encontrar al otro, de comprenderlo y de comulgar con él en una activa participación en la vida de la comunidad, donde ésta se manifiesta, a la vez, como un signo y como un factor de cohesión social.

De esta forma surge una especie de filosofía de la vida a través del asentimiento y de la repulsa, de la aprobación y de la negación de la opinión pública. Con frecuencia su expresión tiende a condensarse o a resultar exclusiva, sujetando con la argolla de un conformismo desusado una vida social que mantiene alejada de todo progreso. Si resulta, en cambio, espontánea y diversificada por una libre confrontación, esta

fectamente el artificio aun por el espectador más ingenuo.

Todos los intérpretes rivalizan en servir el tono impuesto por el guionista y el director, especializado este último en películas de aventuras, ya sean modernas, ultramodernas o de capa y espada. Jean Marais, a sus años, demuestra una envidiable agilidad en sus tres papeles. Y Louis de Funès se ha hecho su sitio en estos papeles de comisario o de gendarme y hace su número cómico con el general beneplácito, hasta que el público se cansa de verle hacer siempre lo mismo, lo que depende de que se consiga proporcionarle escenas verdaderamente originales.

Orencio Ortega
"Pantallas y Escenarios"
Agosto 1966

"LA VIDA EN UN HILO"

La película posee notables valores humanos y expresivos y aquel mínimo de convencionalismo que es preciso poner en juego para que funcione bien el mecanismo que sustenta la atención del espectador y que en este caso apenas roza el absurdo.

Toda la eficacia dramática descansa en la interpretación de dos excelentes actores: Sidney Poitier y Anne Bancroft. El primero polariza toda la simpatía con su singular personalidad y su humana naturalidad en la actuación; la segunda acierta a descubrirnos desde el principio la veta patológica del carácter de su personaje, que se halla en el fondo de su drama personal.

"La vida en un hilo" es un episodio más del drama de la incommunicabilidad humana en nuestro mundo. En un medio en que el hombre negro convive a duras penas con el blanco, los acentos de la voz de un hombre de aquella raza logran mantener en pie el espíritu de una mujer en trance de muerte por suicidio, tras una crisis de espantosa soledad por incompreensión del marido. Una cadena de solidaridad compuesta por miembros de la policía y trabajadores telefónicos —en cuya verosimilitud nos gustaría creer— constituye un ejemplar esfuerzo por localizar a la agonizante y salvarla. Antes se nos había mostrado la ineficacia del sentimiento religioso en el marido para solucionar la crisis matrimonial. ¿Se trata de una actitud "puritana" frecuente en los Estados Unidos? No aparece claramente a qué confesión pertenece la iglesia donde tiene lugar una escena importante de la película; pero, en cualquier caso, se trata de expresar una actitud basada en el formalismo moral y no en la caridad, en el perdón cristiano que a menudo exige el heroísmo.

La película descarga la tensión acumulada durante una hora y media en un final que —si resulta convencional— no deslíe el dramatismo en agua de borrajas. La mujer es hallada, pero ignoramos si se salva de la intoxicación; y el joven negro rehúsa ver a su interlocutora telefónica con un gesto más elocuente que cualquier discurso.

El realizador, Sidney Pollack, describe en imágenes este argumento con pulso firme, con escritura directa y escueta, jugando libremente con el espacio y el tiempo, sin caer en las incoherencias de algunos realizadores actuales. Toda la película posee una prestancia de vigor y juventud.

Manuel Fernández
"Cine-Teatro"

"MODESTY BLAISE"

Tal vez a su pesar, Losey ha hecho un filme de una belleza visual constante, que sólo en algunos momentos tiene declives que lo hermanan con el "comic" original. Este nuevo personaje, Modesty Blaise, no adquiere categoría hasta que Losey se apodera de él y lo personifica en Mónica Vitti, la cual rebasa con creces el original, llamémosle literario. El primer mérito de Losey ha sido el dar a la vulgaridad una forma artística.

La presentación de los personajes a través de la puesta en escena es completamente ilustrativa del estilo de Losey, por el cual el mundo se da enteramente antes que el personaje: hay un reflejo mutuo entre el carácter del personaje y su apariencia.

No es Modesty Blaise la clásica amazona o la vampresa de filme negro, sino la mujer con todos sus defectos elevados a su punto álgido. Su arsenal destructivo puede ser contenido en productos de cosmética o de vestir. Esta femineidad domina todo un filme que tiene al hombre como un elemento decorativo más o un contrincante a la altura de la super-mujer.

Uno opondría que el filme es demasiado largo y que llega a aburrir. Tal vez en virtud de un argumento cuyo interés se pierde reducido a la mera sucesión de peripecias. El gran divertimento ultrasofisticado tocará a su fin con una recaída en el absurdo —irrupción de los "buenos" en el momento de máximo peligro—, que es uno de los gangs realmente brillantes en un filme que no abunda en ellos.

Y no puede dejar de hablarse de Mónica Vitti: sin ella el filme no sería lo que es y es probable que Losey ni siquiera lo hubiese hecho. Sublimadora de

aceptación permanente de verdades y valores complementarios puede ser fuente de equilibrio y de enriquecimiento.

La opinión pública necesita un clima de libertad

Es decir que la opinión pública requiere, para ser sanamente constituida, un verdadero clima de libertad fuera de la presión de los mitos y de toda intimidación que quisiera imponer una uniformidad cuya aparición es el signo humillante de una peligrosa regresión. De esta forma se ha podido galvanizar a todo un pueblo hacia empresas que suscitaron la reprobación de la conciencia universal y que desembocaron, finalmente, en una catástrofe, cuyo horror está todavía presente en el recuerdo de todos.

Si, ciertamente, el hombre trata, de forma natural, de hacer compartir sus ideas, puede sentir la tentación de emplear, con este fin, medios que atentan contra la dignidad de la persona humana y la libertad de su juicio. La publicidad comercial puede llegar a transformar al consumidor en autómatas condicionados. Pero es en el campo político donde se cometen las más graves agresiones, y las mismas palabras empleadas —violación de multitudes, lavado de cerebros— condenan ya estos métodos degradantes. Pío XII estigmatizó "la violencia de quienes son hábiles para utilizar todos los resortes de la técnica moderna, todo el arte refinado de la persuasión para despojar (a los ciudadanos) de su libertad de pensar y hacerles semejantes a frágiles "arbustos agitados por el viento" (Mat., 11, 7) (Ib. 1, 42, 1950, p. 253).

Asimismo, una de las reivindicaciones más firmes y una de las conquistas más notables del hombre moderno ha sido el reconocimiento —desgraciadamente, verbal todavía en ciertos países— del derecho del hombre a expresar libremente, tanto en grupo como individualmente, sus opiniones libremente formadas. Este derecho, enraizado en la dignidad de la persona humana, constituye una de sus prerrogativas esenciales. El Papa Juan XXIII, cuya memoria permanece tan viva en los espíritus y en los corazones, dio a esta doctrina un refrendo excepcional en su encíclica "Pacem in terris". Pues ha colocado, entre los derechos "universales, inviolables, inalienables" de la persona humana, "al derecho a la libertad en la búsqueda de la verdad, en la expresión y en la difusión del pensamiento" (AAS, t. 55, 1963, p. 259 y 260). Finalmente, el Concilio Ecuménico, en su declaración sobre la libertad religiosa, ha expresado solemnemente el pensamiento de la Iglesia sobre este punto.

Pero, en el mundo de hoy, a nivel de los conocimientos, de los juicios y de las actitudes, la opinión pública está profundamente marcada por una socialización creciente. En las agrupaciones, cada día más numerosas y complejas, que estructuran las diversas sociedades, cada persona encuentra una forma de hablar, de pensar y de actuar que, integrándola psicológicamente en el grupo, la influencia y la determina profundamente.

Importa, por tanto, que en este círculo cerrado, en el que las opiniones comunes pesan cada vez más, el hombre sepa conservar su libertad de pensamiento y de decisión. Uno de los problemas más graves que se plantean al hombre moderno es, sin duda, el destino de la persona en un proceso ineluctable de socialización. La educación iniciada desde la más temprana edad dará la formación de espíritu y de carácter que permita superar los peligros de una opinión pública masiva: abuso de slogans, recurso a los mitos, simplificación de problemas, standardización de ideas y presiones de grupo. La civilización del mañana, tan poderosamente modelada por la opinión pública, está, pues, en las manos de los ciudadanos.

De hecho, en el régimen democrático de gobierno, tan gustosamente aceptado por los hombres de hoy, la comunidad como tal es la responsable de su destino, y ella misma se fija los objetivos a alcanzar y los medios para conseguirlos. Si en este sistema político los ciudadanos delegan su poder, no renuncian, sin embargo, al ejercicio de su responsabilidad. Esto supone un interés permanente del mayor número por los

TODO PARA SU NIÑO EN DOVILLA, Jr. — TELEFONO: 41.16.14

asuntos comunes, y se advierte, desde luego, cómo el peso de la opinión pública es determinante en la marcha de los asuntos.

La opinión pública, cuarto poder

Se ha llegado a hablar, a propósito de ella, del cuarto poder, junto a los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Cualquiera que sea la exactitud de esta metáfora, subraya muy bien la realidad de este poder difuso que se ejerce al margen de las instituciones y que permanece a nivel de la presión moral sin expresarse por la decisión jurídica, especie de manantial espontáneo, suscitado en la comunidad por los acontecimientos de su vida cambiante y multiforme.

Para el sociólogo que se pregunta por la importancia de la opinión pública, ésta resulta muchas veces polivalente y ambigua, capaz, como la lengua de Esopo, de lo mejor y de lo peor, susceptible de pasión, de desmesuramientos, de ingratitud, hasta de brutalidad, y, al mismo tiempo, capaz de manifestarse como conciencia, juez, abogado y estímulo de las mejores causas. Los grandes valores que en los momentos decisivos la ponen en movimiento son, generalmente, la justicia, el honor, la solidaridad, la paz y la libertad, "signo de los tiempos", que el Papa Juan XXIII supo saludar con optimismo. Porque, aun cuando la opinión pública se desvíe por sus ímpetus pasionales y prejuicios ideológicos, de ordinario sus motivaciones son nobles, y es preciso anotar en su haber los límites trazados al abuso del poder, la conciencia que han adquirido los ciudadanos de ser jueces del bien común y de tener que participar activamente en los asuntos de la sociedad.

Ya el Papa Pío XII subrayó la trágica situación de una sociedad privada de verdadera opinión pública, no como fruto de una presión exterior, sino por la falta de hombres que vivan en comunidad. La búsqueda del placer fácil, el ansia de confort, la huida de todo compromiso, la ausencia de ideal, la falta de carácter, el olvido de una norma moral objetiva y del bien común, son, a la vez, las causas inmediatas, los síntomas inquietantes y los frutos cuyo contagio corre el peligro de gangrenar rápidamente todo el cuerpo social.

El simple recuerdo de este grave peligro es por sí mismo una invitación acuciante a ver en la opinión pública no un derecho ya definitivamente adquirido ni una amenaza permanente, sino un verdadero beneficio enteramente ligado al ejercicio activo de la responsabilidad de los ciudadanos. ¿Cómo no ver, desde luego, la tarea de los católicos conscientes de las exigencias de su fe en el seno de una sociedad pluralista, de ordinario tolerante, pero sometida a los embates de la crítica y muchas veces afectada por una extrema versatilidad?

Con demasiada frecuencia, indiferente ante los valores de la fe, la opinión se forma de la Iglesia una idea sacada de los aspectos que le presentan la prensa, la literatura, la radio, el cine, la televisión, las canciones, que son otras tantas expresiones y catalizadores de las mentalidades dominantes. Es decir, corresponde a los cristianos trabajar con inteligencia en estos sectores de actividad, tan importantes que forman la opinión pública, para presentarle el verdadero rostro de la Iglesia. Les corresponde también resistir a las presiones envilecedoras y promover el respeto a los valores humanos y espirituales, sin los que una civilización se degrada insensiblemente. Les corresponde, asimismo, por el dinamismo de sus convicciones, hacer respetar a la opinión los imperativos de su fe, las concepciones éticas que supone y los compromisos morales que exige. Precisan, en una palabra, responder al llamamiento que Su Santidad Paulo VI lanzó desde la tribuna de las Naciones Unidas: "Debemos habituarnos a pensar de una forma nueva en el hombre; de una forma nueva también en la vida en común de los hombres, de una forma nueva, finalmente, en los caminos de la historia y en los destinos del mundo, según las palabras de San Pablo: "revestir el hombre nuevo creado a imagen de Dios en la justicia y en la santidad de la verdad" (Efes., 4, 23) (AAS., t. 57, 1965, p. 884).

Tales son los problemas que la reflexión sobre la opinión pública

la apariencia. Mónica hace oposiciones para renovación de mito. La película es más Vittli que Blaise, y Losey lo sabe.

Ramón Moix
"Film Ideal"
Julio 1966

"EL NIÑO Y EL TORO"

Hay un cierto género de películas muy del agrado del público en general y en particular del público latinoamericano. Uno de los filmes más ejemplares en este sentido resulta ser "El niño y el toro", de Rapper. Se trata de un cine lineal, sencillo, sentimental hasta el límite más extremo.

"El niño y el toro" es un producto fílmico que si bien no descubre un mundo de autor, está hecho de tal forma que tiene la capacidad de ganar la atención del público gracias a una sabia, comedida y honesta participación de una serie de elementos, convencionales si se quiere, pero que no por eso dejan de tener una novedad y frescura particulares.

Ante todo, la historia, que no tiene originalidades mayores, es efectiva porque está tratada en el terreno más sensible del alma popular: los sentimientos. La historia de un niño y un novillo de lidia con acentuación de los conflictos y relaciones sentimentales que más directamente pueden interesar al público. Pongamos algunos ejemplos: a) un ambiente familiar muy pobre; b) sentido de la nobleza popular: voluntad de conservar una res que el ganadero, dueño de la hacienda, obsequió a los empleados o colonos; c) preparación del nacimiento del novillo: comida pobre en una casa triste (ausencia de la madre); tormenta, mugidos dolorosos de la vaca; plano del niño despertándose inquieto, corriendo al rescate de la res.

En realidad, lo descrito, por sí solo, no indica que se trate de elementos estéticos cinematográficos que den valor al filme. La valoración la establecemos a partir del nivel de frescura que conserva la película. Irvin Rapper ha contado, para establecer un equilibrio entre el documental turístico y la tierna biografía popular (que gravita en un eje bucólico de evasión), con dos colaboradores excelentes: Jack Cardiff como director de fotografía y Victor Young como autor de la partitura musical. "El niño y el toro", a pesar de ser un filme únicamente aceptable, es, en su vocación de filme popular, una obra ejemplar.

Juan M. Bullitta
"Hablemos de Cine"
Marzo 1966

DOVILLA, LOS TRAJES ANATOMICOS QUE DAN PERSONALIDAD. — TELEFONO: 81 - 69 - 59

ORIENTACION MORAL DEL CINE

PUBLICADA POR EL CENTRO
DE CULTURA FILMICA

1.—TODOS:

CEBRA EN LA COCINA
PERRO QUE SE CREYO MAPACHE
PRINCESA CON LA ESTRELLA DE ORO
(LA)
REY PELE (EL)
Y AHORA MIGUEL...

2.—JOVENES:

A PUNTA DE PISTOLA
ASALTO AL AMANECER
AVENTURA EN FLORENCIA
CIELO AMENAZA (EL)
CON LA VIDA EN UN HILO
ES PURA BROMA
FANTOMAS
HEROES DEL OESTE
LOS SANCHEZ DEBEN MORIR
LLAMA Y EL FUEGO (LA)
MARCO POLO, EL MAGNIFICO
TRES SALVAJES (LOS)
ULTIMA LUCHA DEL APACHE (LA)
WHISKY Y VODKA

3.—ADULTOS:

ALTO ESPIONAJE
AMOR SE COSECHA EN VERANO (EL)
ARABESQUE
ASI SOY YO
BLANCO MOVIL (EL)
BUNNY LAKE HA DESAPARECIDO
DESPEDIDA DE SOLTERA
DOCTOR ZHIVAGO
JUDITH
NUNCA ES DEMASIADO TARDE
SOMBRA DE UN GIGANTE (LA)
TIEMPO DE MORIR
ULTIMA JUGADA (LA)

4.—ADULTOS, con reservas:

GRUPO (EL)
JAURIA HUMANA (LA)
MODESTY BLAISE
MUJER SIN ROSTRO (LA)
OSCAR (EL)
PRESTAMISTA (EL)
THRILLING

5.—DESACONSEJABLE:

ADOLESCENTES PERVERSAS
AMORES DE UNA RUBIA (LOS)
ANGELICA, HISTORIA DE UN GRAN
AMOR
DIARIO DE UN SOLTERO
OSITAS AMARILLAS (LAS)

6.—REPROBADA:

MUNDO INMUNDO
PICARA CENICIENTA (LA)

plantea a la conciencia de los cristianos llamados a vivir en un mundo cada vez más extraño a la fe y, muchas veces, incluso alérgico a toda perspectiva espiritual. Si la opinión pública puede definirse como la idea fuerza de la mentalidad activa de un grupo en un momento determinado de su historia, ¿quién no advierte la urgencia que el cristiano de hoy tiene de actuar sobre la opinión dominante de su medio, de su profesión, de su ciudad, para inspirar en la filosofía práctica de la vida que ella difunde el exaltante dinamismo de los valores espirituales sacados de las fuentes puras y permanentes del mensaje evangélico?

La opinión pública también en la Iglesia

El deber del cristiano, tan exigente ya en este campo, no queda agotado, sin embargo, por este convincente testimonio que da la Iglesia en medio del mundo. Porque, si la opinión pública, según la fórmula tan frecuentemente citada de Pío XII, es "el patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres" (AAS., t. 42, 1950, p. 251), es evidente que existe también —naturalmente, en las materias de libre discusión— una opinión pública en la Iglesia. El mismo Pontífice dictaba a este respecto este juicio decisivo: "esto no puede extrañar más que a quienes no conocen a la Iglesia, o a quienes la conocen mal. Porque es un cuerpo vivo y le faltaría algo a su vida si no tuviera opinión pública, deficiencia que sería en perjuicio de los pastores y de los fieles" (Ibid. p. 256).

Profundizando en la doctrina de la Iglesia el reciente Concilio Ecueménico ha ilustrado con luz singular el papel y el puesto del pueblo de Dios, pueblo fiel, pueblo libre y responsable, que participa por vocación en la edificación de la Iglesia. Lejos de ser un sujeto del que no se espera sugerencia ni iniciativa, le corresponde desempeñar un cometido activo en la búsqueda de los medios por los que la Iglesia se esfuerza en presentar a los hombres de hoy el mensaje del Evangelio. Asimismo, el Concilio ha invitado a los seglares conscientes de su vocación y de sus deberes a dar a conocer "a sus pastores sus necesidades y aspiraciones, con la libertad y la confianza propias de los hijos de Dios y hermanos en Cristo" (Lumen Gentium, n. 37).

Es, pues, normal y saludable que una opinión pública se forme y exprese libremente entre los fieles. Porque la Iglesia vive y se desarrolla en la historia. Su participación en el destino del mundo le impone una doble dialéctica de aceptación y de repulsa, de fidelidad y de adaptación, tanto en su misma vida, en su gobierno, en su magisterio y en su liturgia, como en la animación que ejerce en el orden temporal. ¿Cómo no ver que la expresión de los pensamientos de quienes son enseñados, gobernados y santificados por la jerarquía, ligados a ella también por una confiada obediencia, le será beneficiosa (a la Iglesia) en su diálogo con los hombres de este tiempo?

La opinión pública en la Iglesia se presenta, por tanto, como una circulación de pensamientos, de los que son promotores principales los responsables de la comunidad. De la enseñanza de la jerarquía recibe su principal alimento: por su parte le indica a la jerarquía las situaciones, las preocupaciones, las dificultades, las esperanzas y las ansias del pueblo de Dios, de tal manera que los pastores ilustrados de esta forma "pueden juzgar con mayor precisión y acierto tanto en los asuntos espirituales como en los temporales" (Lumen Gentium, n. 37). Eco vivo de las enseñanzas y directrices que se dan a los fieles, suscita en ellos como respuesta una adhesión vivificante. ¿Cómo no advertir la importancia de esta opinión pública para asegurar a las orientaciones del magisterio la resonancia sin la cual resultan con frecuencia letra muerta? El recuerdo está todavía en la memoria de todos, de la simpatía con que la opinión pública se interesó por los grandes acontecimientos que marcaron el pontificado de Juan XXIII, la reunión del

(Pasa a la pág. 415)

DOVILLA, SUS TRAJES POR MUCHAS RAZONES. - TORRE SUR, 10 - EL SILENCIO - TELF. 41.47.91

(Viene de la pág. 370)

Concilio Ecuménico y los viajes de Su Santidad Paulo VI. Pero los católicos pueden útilmente preguntarse sobre la adhesión que aportan a la acción incansable de la Iglesia y de la Santa Sede en favor de la paz internacional y de la justicia social, problemas en cuya percepción representa un papel tan importante; por ello, el Concilio señala "la urgencia y la extrema necesidad de una renovación en la formación de las mentalidades y un cambio de tono en la opinión pública" (Gaudium et Spes, n. 82, § 3).

Manifestación de la santa libertad de los hijos de Dios, la opinión pública en la Iglesia es el diálogo de la familia en la confianza mutua, la caridad recíproca y la obediencia sobrenatural, a las que invita la encíclica "Ecclesiam suam". Lejos de ser una crítica sin control o una amarga oposición a la Iglesia, se manifiesta como una prueba de amor para con ella. Porque si la esposa de Cristo necesita un "aggiornamento", según la misma enseñanza del Concilio, no por eso deja de ser ella nuestra madre la Santa Iglesia. Asimismo, cada uno, en proporción a la influencia de que dispone y de la acogida que se le dispense, tendrá a bien, en la manifestación de sus opiniones, pesar cuidadosamente sus intervenciones, asegurar su buen fundamento y medir el refrendo previsible y sus consecuencias para el bien de las almas, de forma que ideas demasiado humanas no corrompan lo que se ha emprendido por fidelidad a Cristo y por interés de su reino. A este precio, la opinión pública cumplirá en la Iglesia su misión bienhechora de instrumento privilegiado de diálogo, en cuanto que ayudará a la Iglesia en su esfuerzo de diálogo continuamente renovado con el mundo de hoy.

En las perspectivas abiertas por el Concilio ecuménico de una Iglesia interesada en extender el mensaje evangélico en un mundo pluralista, marcado por el régimen democrático y profundamente transformado por un proceso de socialización creciente, el cristiano de hoy ve abrirse ante él posibilidades de una excepcional amplitud. En una Iglesia que se renueva en medio de un mundo en plena transformación, le corresponde traducir las exigencias de su fe, por medio de un comportamiento evangélico, animado de auténtica caridad. Tendrá que actuar en todos los medios sociales, familia, escuela, profesión, tiempo libre —en donde se elaboran las preferencias comunes y los juicios de grupo y en donde nace la opinión pública—, tendrá que promover los valores enriquecedores de la comunidad y afirmar con coraje y sencillez la primacía del espíritu. Interesados en transformar el mundo para hacerlo más conforme al ideal de amor y de la paz traída por Cristo, habrán de ayudar a la Iglesia a dar a los hombres de este tiempo una imagen de sí misma cada vez más fiel al ideal de amor revelado en el Evangelio. "¿Quién dicen los hombres que soy yo?", preguntaba Cristo a sus apóstoles (Marc., 8, 27). Esta misma pregunta resuena hoy todavía, a través de los siglos, y se dirige a todos los discípulos de Cristo con punzante interrogación, porque la mayor parte de las veces el mundo encuentra y juzga a la Iglesia a través de la comunidad de los fieles y por ella es conducida a Cristo.

No dudamos de que las autorizadas lecciones de la próxima semana social, bajo la benevolente protección de monseñor Mouisset, obispo de Niza, ayudarán a todos los católicos a formarse una mejor conciencia de su alta y exigente misión ante la opinión pública y los medios más aptos para realizarla. Formulando este voto, el Padre Santo os dirige, señor presidente, como prenda de la abundancia de las gracias divinas, a usted, a los miembros de la comisión permanente, a los profesores y a todos los asistentes, una especial bendición apostólica.

Gozoso de transmitirle estos preciosos alientos, os suplico que suméis, señor presidente, a mis mejores votos por el feliz éxito de vuestros trabajos, el testimonio de mi respetuoso afecto en N. S.

A. G. Card. CICOGNANI

(Traducción española tomada de "Ecclesia", 30 julio 1966, págs. 1097 ss.)

**CINE
Teatro**

**LA REVISTA DE CINE
DE MENTALIDAD
CRISTIANA**

**SUSCRIPCION
ANUAL
Bs. 12.—**

**PRECIO DEL
EJEMPLAR**

Bs. 1.—

**PIDA UN
EJEMPLAR
DE MUESTRA**

**REDUCTO a
GLORIETA, 77
Apartado del Este 4310
Telfs. 81.52.08 - 71.56.64
CARACAS**

DOVILLA, LOS TRAJES ANATOMICOS QUE DAN PERSONALIDAD. — TELEFONO: 81 - 69 - 59